



A FARAWAY WOMAN

MARTA RENZA

Poet, novelist, and translator. She is the author of several poetry books, novels, and short stories. Her web site can be visited at www.martarenza.com.

Everything starts with the whispering of tiny black birds that flutter on the page. It is the poetry written by a faraway woman who now everybody talks about. She has just been awarded the prize of prizes, which for me is redundant; it simply reaffirms the power that many years ago arose from her name made of crossroads —Louise Glück. She murmured in my ear the inexplicable call that brought her to my reader's heart to dwell with Emily and Virginia, Sylvia and Anne, the two Marguerites, and so many others whose secret voices, poured into tongues that are not my own, have made me fly towards a cottage sheltered in the midst of autumn forests. Seated on its rickety stairs I hear them and feel forced and tempted to transport their mighty, fragile messages to this other language, my own, whose foreign shores await them.

I feel forced... and tempted. Beckoning me, the distant cadences cease to be alien. They provoke my tears or my rage or my return to the familiar air of childhood. I have to convey these words, bottle them into those I was granted in my birth. It is an unfathomable act of love whose mystery has been repeated since the first dawn when the tales sung around the bonfires were fixed in writings carved on skins and stone. It all begins there, in the pirouette magically captured on a sheet of paper, then carried in a new vessel, a different metaphor born from a spirit kindled in another landscape, in that cottage secluded in the autumn, in oceans I can hardly glimpse. This trip of verbs and flight, its haunting itinerary, engulfs me and brands me. Its imprint prevents me from leaving before I unravel its echoes and harbor them in the intonation which greets them.

UNA MUJER LEJANA

MARTA RENZA

Poeta, novelista y traductora. Es autora de varios volúmenes de poesía, novelas y cuentos. Mantiene un sitio en internet (www.martarenza.com).

Ilustración *Oropéndola de Baltimore (Icterus galbula)*, Kevin Simón Mancera.

Todo comienza con el rumor de las pequeñas aves negras que transitan por la página. En esta ocasión son los versos escritos por una mujer lejana de la que ahora todo el mundo habla. Acaba de ganar el premio de los premios. El reconocimiento para mí es redundante, simplemente reitera la fuerza con la que hace muchos años, desde su nombre de cruce de caminos, Louise Glück murmuró en mi oído la inexplicable llamada que la emparentó en mi corazón de lectora con Emily y Virginia, Sylvia y Anne, las Marguerite, y tantas cuyas voces secretas, recogidas en lenguas que no son la mía, me han hecho volar, en un inicial trayecto, hacia el paraje con cabaña en medio del bosque y otoño en las ramas desde cuyas escaleras algo desvencijadas las escucho y me veo obligada y tentada a conducir su mensaje tembloroso y poderoso hacia las orillas de otra lengua, la mía, que las espera en sus costas forasteras.

Me veo obligada... y tentada. Así me conminan las cadencias extranjeras que dejan de serlo y provocan mi llanto o mi rabia o mi regreso al aire conocido de la infancia. Debo trasladar, envasar de nuevo sus palabras en aquellas que me fueron dadas en los orígenes. Es un acto de amor incomprensible, repetido en su misterio desde las primeras alboradas, cuando el canto frente al fuego se fijó hecho escritura en la materia orgánica de las plantas y las pieles y las piedras. Todo se inicia allí, en la pirueta capturada mágicamente sobre una hoja de papel y transportada en un nuevo viaje, una metáfora distinta, una traslación alentada por alientos que se remontan a parajes diferentes, a aquella cabaña anclada en el otoño, mares que yo solo adivino en su travesía hecha de verbo y vuelo. Un itinerario misterioso que me incorpora y me deja su impronta e impide que me vaya hasta no desentrañar sus ecos y acogerlos en el murmullo de los signos con los que salgo a su encuentro.

At the threshold of Louise's poem, I hear Persephone wandering in the ungraspable winds, a sullied maiden that goes and comes from hell to earth following her mother's endless rotation and the persistent cycles of meteorology, doomed to be punished every time winter arrives. Who did the poet question to bring this Persephone back, not some shadow of hers? Did she go as far back as Hesiod and query him on the girl taken from Demeter by the god of the underworld, anxious to satiate his appetite? Perhaps she did and, then, discarded his version, choosing instead to delve into the rigged interpretations of scholars and listen among all voices to that of the lass abducted and abused and silenced, season after season. Perhaps, just perhaps, because faced with her phrasing probably it is me who opts for the youngster who pours her grief in my soul as she walks towards me from the meandering crystallized in the poem—junction of possible doors, mutation of a name into another—to finally arrive at the heart of my heart, where I await, at the end of a road marked by the will of those eager to be heard.

This is the translation (perhaps the first of many?) that precedes my attempt to decant the questions, the atonement, the grief, the transactions phrased in the lines I read. In doing so, I approach the place where the story happens, the luminous conversation of the poet with her innermost self, and I echo the dread and the joy therein. I bring forth my ecstasy, my fears, and my bliss to let them flow with hers into the language of my bones and savor them with the resonance they acquire when I wrap them in the grammar I inherited from the ages. Unless my reading ventures into the inscrutable realms displayed before me and surrenders to them, I will have to abandon the path. Because this poem, written in a foreign rhythm, is loaded with transformation. It reveals deep in the well of my body, colors I have never seen, undiscovered aromas that float in the cold, the beat of rhymes spelled at distant cradles. I ask myself again how to tell Persephone's agony with the untamed words of my mountains and warm seas and, thus, continue crossing the bridges built over the depths of silence.

If my translation succeeds, it may anchor in other readers and the ceaseless migration where I am only a fleeting stop will start anew. How to conjugate, then, the white movement of winter that my brothers-and sisters-in-tongue hardly guess? Winter may be a stranger to us, snow, an unknown substance, but the white color of profanation does belong in our luggage, and there lies a bond, a possible intersection where my exercise may become less impossible.

Because, after all, the wound is the same.

Desde los umbrales del poema de Louise me habla Perséfone, errante con los vientos inasibles, doncella mancillada que va y viene entre el infierno y la tierra con cada rotación de su madre, con cada ciclo persistente de la meteorología, condenada a someterse al castigo cada vez que llega el invierno. ¿A quién interrogó la poeta para recuperar a esta Perséfone y no a alguna sombra suya? ¿Se remontó hasta Hesíodo y le preguntó qué sabía de la muchacha arrebatada de Deméter por el dios del inframundo, ansioso de satisfacer su apetito? Tal vez lo interrogó y después descartó su versión y decidió bucear entre las interpretaciones amañadas de los estudiosos y escuchó entre todas las voces la de la chiquilla raptada y vejada y silenciada estación tras estación. Solo tal vez, porque posiblemente soy yo la que, al leer su fraseo, elijo quedarme con la joven que vierte en mi pecho su pena. Es a ella a quien veo caminando hacia mí desde los meandros que cristalizan en el poema, encrucijada de lecturas y posibles puertas, mutación del nombre de una cosa en otro, para llegar al lugar del corazón donde la aguardo al cabo de un camino encadenado por voluntades deseosas de dejarse oír.

Se trata de la traducción (¿quizá la primera?) que antecede a mi intento de travesar las preguntas, la expiación, el desconuelo, las transacciones plasmadas en los versos que leo. Al hacerlo, me acerco a los lugares donde transcurre la historia, donde nace el diálogo luminoso de la poeta con sus intimidades más ocultas, recojo los terrores y los gozos, traigo el arrebatado a la esfera de mi arrebatado, de mis terrores y gozos, de mis lugares, para convertirlos al idioma de mis huesos, para saborearlos en la resonancia que cobran cuando los digo en el castellano que heredé de las edades. Si al leer no me adentro en los espacios insondables que se despliegan ante mí, dejándome cautivar por ellos, tendré que abandonar el camino. Porque el poema, escrito en un lenguaje ajeno, viene cargado de devenires, nace cuando en el hueco de mi cuerpo hablan, inobjetables, colores que no he visto, aromas que flotan en un aire más frío, el latido de nombres dichos al borde de otras cunas. Vuelvo a preguntarme, entonces, cómo trasladar los giros escogidos por Louise para decir a Perséfone en el idioma de montañas ariscas y mares cálidos en el que nací, y que así continúe la aventura de atravesar los puentes tendidos sobre el abismo del silencio.

Si mi traducción es feliz, posiblemente anclará en otros lectores y volverá a comenzar la migración incesante en la que apenas soy una pequeñísima parada. ¿Cómo conjugar, entonces, el movimiento blanco del invierno que yo y mis hermanos de lengua apenas adivinamos? Es posible que el invierno nos sea exótico, su nieve una sustancia desconocida, pero el blanco de la profanación sí pertenece a nuestro equipaje y allí hay un enlace, una trasposición posible para que mi ejercicio devenga un poco menos imposible.

Porque, después de todo, la herida es la misma.



There lies my hope not to betray the poet —although betraying her is the essence of my endeavors— and be able to reproduce the painful articulation of the myth of a girl raped centuries ago, in the darkness of centuries, before all the centuries, so that her tenuous lament against the man and the mother and the shameful deal they concocted, be heard sharply. I strive to open the territory where dwells my anger and, luckily, that of whoever peers into this poor reconstruction of the harrowing song composed by Louise.

What do I do when I translate? Is it the same reenactment that occurs when I write poems or stories? Am I not also resorting to metaphor? The dance from words to words bites its tail, I read to graft on my flank the deep burden and the traces hidden in the poem that puts me aflame. By such deed I know I am the recipient of the many passages that have preceded the homecoming of the syllables and nouns, the verbs and the windows and the alleys, the awe and the tremor vibrating with new frequencies, singing on the edge, yearning to be revealed, or simply harvested in their nakedness, to then transit towards unrevealed horizons.

Once I read, a miraculous metamorphosis occurs: something prompts me to turn inside out the crystal-clear terms devoid from deceit chosen, or discarded, by Louise to tell us about Persephone's abasement and the sentence that forced her to witness only the spring and the heat of summer ignoring forever the white clarity of the winter brewed in her absence, when she has to dwell on Hades' fires, away from the mother who has sold her by compromising and bartering. All this has to be said in austere, bare, straightforward verses, as those that glimmer in the poem from where I depart, where transparency happens by express will of the maker or by the mysterious transmutation of writing. That is never known.

My attempt to transform the thrill aroused by beauty or by horror, my struggle to discover the words that serve to bring closer a distant time makes me shiver on the deck of a ship that navigates to a place unknown to me, but one that awaits those who, eventually, if I succeed, will be the port of arrival for my daring sails. I venture to dream, then, that my translation will be unfaithful only to the extent of my zeal.

From one word to another, a sacred, tearing, inscrutable transformation takes place. I naively aspire to capture it in a risky and adventurous somersault. I challenge my fear of not being able to arouse in others the same wonder, the same commotion that flooded me when Louise summoned me with a prodigious gesture to listen to her lines while I sat by her side, on the shaky stairs of the cottage built deep into the northern forest from where she departed, on her own voyage into the past, to translate the Greek declensions in which Persephone's sorrow was uttered for the first time. ■

Ahí yace mi esperanza de no traicionar a la poeta, aunque traicionarla sea la esencia de mi ejercicio, y de ser capaz de reproducir la dolorosa articulación del mito de una niña violada hace siglos, en la oscuridad de los siglos, antes de los siglos, de manera que su delgado gemido contra el varón y la madre, y el vergonzoso trato cocinado entre los dos, ingrese nítidamente en la habitación que aloja mi indignación y, ojalá, la de quienes se asomen a la que seguramente será una reconstrucción disminuida del lancinante carruaje construido por Louise.

¿Qué hago, entonces, cuando traduzco? ¿Es la misma operación que ocurre cuando escribo poemas o narraciones? ¿Acaso no recorro también a la metáfora? La danza de la palabra a la palabra se muerde la cola, leo para injertar en mi costado la carga de profundidad y de atisbos apresada en el poema que me incendia. En ese acto me sé receptora de las muchas traslaciones que han precedido la llegada a mi casa de las sílabas y los sustantivos, los verbos, las ventanas y pasadizos, los asombros y el temblor que vibran en frecuencias novedosas y cantan a mi vera su anhelo de ser reveladas, o simplemente recogidas en su desnudez, para hacer el tránsito hacia horizontes desconocidos.

Una vez leo, ocurre la metamorfosis milagrosa: algo me impulsa a darle la vuelta a los términos diáfanos y sin artificio que Louise escogió, o desechó, para contar la vejación de Perséfone y la sentencia que la obligó a conocer únicamente la primavera y el calor del estío e ignorar la blanca nitidez del invierno que nace de su ausencia, cuando debe yacer entre los fuegos de Hades, alejada de su madre que transige y la vende y la cambia. Todo ello debo decirlo en mis términos cuidando de ser parca, escueta, directa, como en el poema del que parto, donde la transparencia sucede por voluntad expresa de la hacedora o por la misteriosa transmutación de la escritura. Eso nunca se sabe.

Cuando aspiro a transformar el estremecimiento frente a la belleza o el horror, cuando brego por descubrir los vocablos que son, a su vez, vehículo de un aquí y un ahora distantes, me siento estremecida sobre la cubierta de la nave que avanza hacia ese ámbito que desconozco, pero que aguarda en quienes, eventualmente, si tengo suerte, se convertirán en puerto de llegada de mi velero atrevido. Me aventuro a soñar, entonces, con ser infiel solo en la medida de mi estremecimiento.

De la palabra a la palabra acaece un aleteo sagrado, vertiginoso, indescifrable, que quizá ilusamente aspiro a capturar en una cabriola que siempre resulta atrevida, porque desafía el temor de no poder cumplir con reverencia y cuidado amoroso el propósito de concitar el mismo asombro, la misma turbación que alunó en mi órbita cuando una poeta anclada en otras coordenadas, que escribe con palabras que no son las de mi sangre, me hizo señas y me invitó con su gesto prodigioso a sentarme a escucharla en las escaleras algo desvencijadas de una cabaña sumergida en el bosque del norte desde donde partió, ella también, a traducir para este nuestro tiempo las declinaciones griegas en que por primera vez se pronunció la tristeza de Perséfone. ■

